

á los aficionados; aunque, por nuestra parte, encontramos superior aun, en interés y en fuerza poética, su libro de los *Compañeros de Colón*, que viene á ser una segunda parte. Hoy desgraciadamente no suelen escribirse libros de este género; pero la mayor parte de los que peroran contra la historia dramática y pintoresca no hacen con ello más que una tácita confesión de su impotencia.

Es evidente, sin embargo, que la curiosidad científica no puede totalmente satisfacerse con tales libros, por más esfuerzos que el autor haga para mantener en equilibrio los derechos de la historia y los de la fantasía. Así es que, tras del libro de Irving, vino otro de muy distinto carácter, y en el cual, sobre la misma base de los documentos de Navarrete, se entra en todas aquellas minuciosas discusiones de geografía física y de astronomía náutica, que el elegante narrador norteamericano había esquivado, ya por falta de competencia, ya en obsequio á la armonía artística de su obra. Era autor del nuevo libro, que sin disputa es el más importante de cuantos se han consagrado á la historia del descubrimiento, aquel insigne varón, gloria de la ciencia moderna, cuyos límites de tantas maneras ensanchó, llevando como de frente

todos los conocimientos humanos, y haciendo servir los unos de ilustración y complemento á los otros: hombre familiarizado además no ya solo con la erudición americana, sino con todos los accidentes físicos del territorio, que largamente había explorado con el martillo del geólogo y con el teodolito del geodesta. Era Alejandro Humboldt, en suma, que después de haber escrito los *Ensayos sobre Nueva España y Cuba*, la *Relación del Viaje á las regiones ecuatoriales* y los *Monumentos de los pueblos de indígenas de América*, coronaba en 1836 sus trabajos americanos con el *Examen crítico de la historia de la geografía del Nuevo Continente y de los progresos de la Astronomía Náutica en los siglos XV y XVI*, publicado primero en lengua francesa y puesto luego en alemán por Ideler. Nunca he comprendido por qué este *Examen*, que apenas trata más que de cosas españolas, y que á los españoles interesa más que á nadie, es tan poco leído entre nosotros, como si estuviéramos tan sobrados de libros que hiciesen justicia á la cultura de nuestros antepasados y á la grandeza de su misión histórica (1). Por otra parte, es imposible hacer con

(1) A nadie estorba saber, por ejemplo, que, según

fundamento la historia de América sin partir de este preámbulo grandioso, que desgraciadamente quedó incompleto, faltando, entre otras cosas, la historia de los orígenes y progresos de la astronomía náutica, que Humboldt anuncia varias veces, y de cuya importancia puede juzgarse por las muchas indicaciones que va sembrando en todo el curso de la obra. La cual, en el estado en que quedó, puede considerarse dividida en tres secciones: 1.^a causas científicas que prepararon y trajeron el descubrimiento de Nuevo Mundo; 2.^a pormenores relativos á la vida y carácter de Colón; 3.^a estudio sobre los viajes verdaderos ó supuestos de Américo Vespucio y sobre la cronología de

Humboldt (t. I, pág. 5), «los gérmenes de las verdades físicas más importantes se encuentran muchas veces en los escritores españoles del siglo XVI. Al aspecto de un nuevo continente, prosigue, aislado en la vasta extensión de los mares, se les presentaron la mayor parte de las cuestiones importantes, que todavía hoy nos preocupan, sobre la unidad de la especie humana y sus desviaciones de un tipo primitivo; sobre las emigraciones de los pueblos, la filiación de las lenguas, más desemejantes muchas veces en las raíces que en las flexiones ó formas gramaticales; sobre la emigración de las especies vegetales y animales; sobre la causa de los vientos alisios y de las corrientes marinas; sobre el decrecimiento del calor en la rápida pendiente de las cordilleras y en la profundidad del Océano; sobre la reacción de los volcanes unos sobre otros y la influencia

los primitivos descubrimientos de los españoles en el Nuevo Mundo. ¡Lástima que este inapreciable *Examen*, donde lo de menos es la erudición inmensa y segura, y lo de más las intuiciones geniales y los puntos de vista enteramente nuevos, tenga, como otros muchos libros alemanes, ciertos defectos de composición, que indudablemente han perjudicado á su popularidad; comenzando por el título mismo, que es demasiado general y no da idea exacta del contenido, y prosiguiendo con la ausencia de toda división de capítulos; con la intercalación, no siempre justificada, de larguísimas digresiones; y con cierto desorden de método que lleva muchas veces á las notas lo más impor-

que ejercen sobre los temblores de tierra. De esta época datan el progreso y perfeccionamiento de la geografía y de la astronomía náutica, de la historia natural descriptiva y de la física general del globo.» Esta página de Humboldt está repetida casi textualmente en el *Cosmos*, donde añade: «El fundamento de lo que se llama hoy *física del Globo*, dejando aparte las consideraciones matemáticas, está contenido en la obra del jesuíta José Acosta intitulada *Historia Natural y Moral de las Indias*, así como en la de Gonzalo Fernández de Oviedo, que apareció veinte años solamente después de la muerte de Colón. En ninguna otra época, desde la fundación de las sociedades, se había ensanchado tan prodigiosa y súbitamente el círculo de ideas, en lo tocante al mundo exterior y á las relaciones del espacio. Nunca se había sentido tan viva-

tante y lo que debiera ser materia principalísima del texto!

La parte relativa á los precedentes científicos del descubrimiento nadie la ha tratado con tanto aplomo y seguridad como Humboldt, y nadie más abonado para tratarla. De su luminoso análisis resulta claro que Colón, sin ser propiamente un sabio, distó mucho de arrojarse á su empresa como un fanático temerario, ni menos como un apóstol divinamente inspirado, según Roselly sueña. Es cierto que el mismo Colón, para hacer mayor por el contraste la grandeza de su descubrimiento, se llamó en alguna parte *lego marinero, non docto en letras y hombre mundanal*, llegando á afirmar que *para la ejecución de la empresa de las Indias no le aprovechó razón, ni matemática,*

mente la necesidad de observar la naturaleza en latitudes diferentes y á diversos grados de altura sobre el nivel del mar, ni de multiplicar los medios con ayuda de los cuales se la puede forzar á la revelación de sus secretos.» (T. II del *Cosmos* en la traducción Salusky, 1855, pág. 315.)

Estas generosas declaraciones de Humboldt, á quien nadie rechazará por incompetente, nos indemnizan con usura de tantas y tantas injurias contra España como cada día oímos en boca de españoles, único pueblo del mundo que hace alarde y gala de renegar de sus progenitores, esperando sin duda conquistar por este fácil medio la libertad, la ciencia, el respeto y la consideración de las demás gentes, y toda clase de prosperidades y bienandanzas.

ni mapamundos; pero nadie debe tomar al pié de la letra estas exaltaciones místicas, puesto que en el mismo libro de las *Profectas*, que es cifra y compendio de ellas, declara en términos expresos el Almirante cuáles habían sido sus estudios: «Todo lo que fasta hoy se navega lo he andado. Trato y conversación he tenido con gente sabia, eclesiásticos é seglares, latinos y griegos, judíos y moros, y con otros muchos de otras setas. En la marinería me hizo Nuestro Señor abundoso; de astrología me dió lo que abastaba, y ansí de geometría y aritmética, y ingenio en el ánima y manos para dibujar esfera, y en ella las cibdades, ríos y montañas, islas y puertos, todo en su propio sitio. En este tiempo he yo visto y puesto estudio en ver de todas escrituras, cosmografías, historias, corónicas y filosofía, y de otras artes, con que me abrió Nuestro Señor el entendimiento con mano palpable á que era hacedero navegar de aquí á las Indias, y me abrió la voluntad para la ejecución dello.» En vano es que añada que «todas las ciencias non le aprovecharon nin las autoridades dellas», porque contra esta efusión de humildad ó de soberbia están los propios libros anotados de su mano, y el testimonio de su hijo y de Las Casas, y de cuantos le cono-

cieron y manejaron los papeles en que había consignado sus conjeturas sobre la existencia de tierras nuevas. Estas conjeturas, por el orden en que Humboldt las coloca y examina, responden á una serie de tradiciones científicas no interrumpidas desde la antigüedad clásica; y son la idea de la esfericidad de la tierra: la relación entre la extensión de los mares y la de los continentes: la supuesta vecindad de las costas de la Península Ibérica y del África á las islas del Asia tropical: un grave error en cuanto á la longitud de las costas arábicas: noticias tomadas de diversas obras antiguas, de Rogerio Bacon, visto á través de la compilación del cardenal Pedro de Alliaco, y *acaso* de Marco Polo (hoy puede quitarse el *acaso*, puesto que ha parecido en Sevilla el ejemplar del Marco Polo italiano que el Almirante usaba, y tiene notas de su mano): indicios de tierras al Occidente de las islas de Cabo-Verde, de Porto y de las Azores, ya por la observación de algunos fenómenos físicos, ya por las relaciones de los marineros arrastrados por las tempestades y las corrientes. Es enorme la suma de ciencia que acumula el sabio prusiano para dar su verdadero valor á cada uno de estos motivos. Y, sin embargo, esta discusión,

erizada de textos y de confrontaciones, no cansa, porque, como dice el mismo Humboldt, «hay vivo interés en seguir el desarrollo progresivo de un gran pensamiento y descubrir una por una las impresiones que han decidido del descubrimiento de un hemisferio entero». Sucesivamente van pasando delante de nosotros los pasajes de Aristóteles, de Strabon, de Séneca, de Macrobio; los mitos geográficos, comenzando por el de la Atlántida; las costas y planisferios en que se consignaban islas desconocidas, como la famosa *Antilia*; las peregrinaciones de los budistas chinos; la exploración de las costas boreales de América por los escandinavos; todos los precursores reales ó fabulosos de Colón, y con esto mil detalles de la historia de las ciencias, que aislados significarían poco, pero que en manos de Humboldt pierden el carácter de circunstancias accidentales y, presentándose en agrupación inmensa, conducen á probar la necesidad histórica del descubrimiento en el punto y hora en que se hizo, merced á esa labor incesante y oculta que va conservando y cultivando desde la antigüedad cierto número de nociones más ó menos confusas, hasta que de todas ellas resulta un como impulso irresistible, que se transforma en

acción. Algo puede padecer con esto la gloria personal de Colón á los ojos de los que le tienen, no ya por grande hombre, sino por un ser sobrehumano; pero la ley de solidaridad histórica suele acomodarse mal con estas leyendas, y para nosotros es más grande y consolador el aprender que el espíritu humano nada pierde ni olvida en su largo y obscuro viaje á través de los tiempos, y que no hay en la ciencia trabajo baldío ni esfuerzo estéril.

Por otra parte, ¿quién ha admirado más y quién ha comprendido mejor la grandeza humana del carácter de Cristóbal Colón que Alejandro Humboldt, por lo mismo que no disimula sus flaquezas? ¿Quién ha encarecido más sus descubrimientos científicos y las nuevas luces que trajo al conocimiento racional del mundo? ¿Quién ha sentido de igual manera el precio de las cualidades poéticas que surgen como relámpagos de genio entre los incorrectos y apasionados rasgos de su pluma? Un solo vacío puede encontrarse en este bellissimo análisis, que llena la mayor parte del tercer tomo de la obra de Humboldt: Colón, navegante y cosmógrafo; Colón, hombre de ciencia; Colón, escritor; Colón, superticiosamente enamorado del oro; Colón, grande hombre perseguido por

la envidia, están admirablemente juzgados; pero queda algo en la sombra el Colón cristiano y aun místico, que soñaba con la total conversión de los infieles y con el rescate del Santo Sepulcro, y que en su persona veía cumplidas claramente las sagradas profecías. Que luego se haya abusado de su figura en torpes falsificaciones, no es razón para que aspecto tan principal se relegue al olvido. El *profetismo* de Colón existe, y Humboldt no le desconoce; pero como hombre nacido y educado en el siglo XVIII, apenas insiste en esto, ni llega á ver en el libro de las *Profecías* otra cosa que un tejido de sueños y de fantasías incoherentes; cuando para nosotros allí está la filosofía del descubrimiento tal como Colón la entendía, con grandeza tal de espíritu, que debe mover á respetuosa veneración al más escéptico. Ni el ideal científico por sí solo, ni mucho menos el interés y el cálculo, hubieran bastado para producir el descubrimiento; y fué providencial que en el descubridor se juntasen aquellas tan diversas cualidades de místico, hombre de ciencia experimental hasta cierto grado; hombre de sentimiento poético y de inmenso amor á la naturaleza; y logrero genovés, enamorado locamente del oro.

III.

No parecía cosa fácil igualar á Humboldt en ciencia positiva y en aquella especie de mirada de águila con que abarca los grandes aspectos de la naturaleza física no menos que la continuidad de los esfuerzos con que el entendimiento humano ha llegado á la formación del sistema del mundo y á la interpretación de las leyes cósmicas. Ni era tampoco muy llano y hacedero el emular la brillantez pintoresca y el interés dramático que en su narración puso Irving. Aun el campo de los documentos estaba tan espigado por Navarrete, que apenas había esperanza de algún hallazgo que valiese la pena ni que cambiase mucho la historia comúnmente recibida. Así es que la bibliografía colombina no produjo durante muchos años obra alguna de sustancia, sino compendios y resúmenes populares, entre los cuales, por ser de quien es y no por otra razón alguna, puede hacerse mérito de la biografía de Colón que escribió Lamartine en su *Civilizador*, uno de los muchos trabajos de literatura industrial y sin gloria, en que el gran poeta tuvo que consumir obscura y tristemente los días de su vejez, sin provecho de la

historia, para la cual no tenía ningún género de vocación; ni de la poesía, cuyo idioma más natural había abandonado.

Poéticamente también, pero con cierta poesía de oropel y de lentejuelas, semejante en mucho á la moderna devoción francesa, para quien iba especialmente encaminada, refirió por los años de 1856 la vida y los viajes de Cristóbal Colón el famoso conde Roselly de Lorgues, varias veces mencionado ya, y nunca para bien, en estas páginas. Sin ser bueno este primer libro suyo, ni mucho menos, todavía está á larga distancia de los increíbles escritos polémicos y apologéticos que ha divulgado en estos últimos años, y que le presentan en un grado de exaltación fanática muy próxima al delirio. Su primitiva *Historia* gustó mucho como lectura á un tiempo piadosa y recreativa; y en honor de la verdad ha de decirse que, aparte de su amanerada elegancia, y de muchos detalles novelescos, y de algunas hipótesis infelices, el fondo de la narración es verídico, como tomado principalmente de los documentos de Navarrete y del *Códice Colombo-Americano*. Pero no se satisfizo Roselly con este éxito literario, sino que se convirtió nada menos que en postulador de la beatificación de su héroe, fatigando á la curia romana

con innumerables memoriales para que se incoase el proceso canónico que había de elevar á los altares al *Evangelista del Océano*, víctima hasta entonces, según el nuevo biógrafo, de la saña de escritores protestantes é incrédulos, empeñados en despojarle de la aureola de su misión divina, y víctima, además, de la envidia y saña de los españoles, que en vida no supimos comprenderle y le cargamos de cadenas en pago de habernos regalado un mundo, y que, aun después de muerto, no hemos cesado de perseguirle con calumnias, rehusando á su memoria el debido acatamiento. Tal es la síntesis de estos últimos libros de Roselly, entre los cuales sobresale el titulado *Historia póstuma de Cristóbal Colón* (1885), brillantemente deshecho y triturado por nuestro Fernández Duro. Pasman las feroces injurias en que á la continua se desata el seráfico Roselly contra todos los que han visto la más leve mácula en la figura del que llama *Embajador de Dios*, aunque sean eruditos tan honrados é inofensivos como Navarrete ó D. Nicolás Antonio. *Satands contra Cristóbal Colón* es, si mal no recuerdo, el título de uno de los folletos de Roselly, destinado á maltratar á no sé qué abate italiano que se atrevió á poner en duda la estupenda fábula del ca-

samiento de Colón con Beatriz Enríquez. No menos pasma la intrépida ignorancia de nuestra lengua y de nuestras cosas que muestra Roselly á cada paso. Así, por ejemplo, habiendo leído que Colón murió en su *posada* de Valladolid, no entendió sino que se trataba de un mesón de arrieros, y confundiendo la antigua y genérica acepción de la voz *posada*, sinónimo de casa-habitación, chica ó grande, rica ó pobre, propia ó ajena, con la restricta que hoy tiene de parador ó casa de alquiler para viajeros, echó á volar la disparatada idea de que Colón, pobre y perseguido, había ido á morir en una miserable hostería de Valladolid. Lo peor es que Roselly ha hecho escuela entre las gentes que en Francia llaman *bien pensantes*, y apenas hay día en que no salga algún folleto de su escuela, debidos unos á canónigos y abates apasionados de la arquitectura ojival y del *style fleuri*, tan de moda en aquellos seminarios, y los demás á condes y marqueses legitimistas, de más ó menos rancia prosapia. Tampoco faltan en este concierto algunos italianos, como el abogado Dondero, que ha reivindicado y defendido *la honestidad de Cristóbal Colón*, como si hubiera estado en sus mayores puridades, y aquel Fr. Roque Cocchia, obispo de

Orope *in partibus*, que nos sorprendió años hace con la tristemente ruidosa invención de los restos del Almirante en la catedral de Santo Domingo. Sólo en España ha hecho Roselly pocos prosélitos, aun entre los que por sus ideas parece que habían de serle más benévolos. Aquí *porte malheur*, como diría Mr. Roselly, el hablar mal del Rey Católico. Hasta la opinión, errónea sin duda, pero muy arraigada, de que nunca miró con gran cariño y entusiasmo el descubrimiento ni al descubridor, contribuye á hacerle grato á los ojos de muchos que, con razón ó sin ella, ven en aquella costosa gloria de la colonización del Nuevo Mundo el fundamento y raíz de muchos de nuestros males.

Prescindiendo de esta funesta literatura, encaminada á promover y servir intereses muy diversos de los de la historia pura, la erudición colombina de estos últimos años está representada principalmente por las numerosas publicaciones del abogado norteamericano Enrique Harrisse, que reside habitualmente en Paris. Algunos de estos trabajos son bibliográficos, y merecen todo género de alabanzas, así por la minuciosa exactitud de las descripciones, como por la esplendidez tipográfica. La *Biblioteca Americana Vetustissima* (1866) y sus *Adicio-*

nes (1872) comprenden todos los libros relativos á América publicados desde 1492 hasta 1551, que son los fundamentales y primitivos. Puede decirse que Harrisse ha convertido en dominio suyo esta parte de la bibliografía, y que difícilmente será superado en ella. El resto de sus escritos pertenece á la clase de monografías y disquisiciones históricas, y aquí su autoridad entre los americanistas es grande también, aunque no tan universalmente reconocida ni tan libre de toda controversia. Algunas opiniones suyas, v. gr., la relativa á la no autoridad de las *Historias* de D. Fernando Colón, no han prosperado; otras han sido rectificadas por el mismo, y en sus polémicas ha solido mostrar excesiva acritud y virulencia, comprometiendo á veces hasta el éxito de muy laudables quejas y reclamaciones. Aparte de esto, no sólo es el escritor de nuestros días que más se ha ocupado en el estudio de todas las cuestiones relativas á Cristóbal Colón y á su familia, sino positivamente el que las ha tratado con mayor caudal de datos, y por lo común con juicio más independiente, y es, sobre todo, el que ha publicado mayor número de datos y documentos nuevos. No ha creído conveniente escribir una nueva biografía del Almi-

rante; pero casi puede considerarse como tal la voluminosa obra que ha publicado en francés con el título de *Christofle Colomb, son origine, sa vie, ses voyages, sa famille et ses descendants, d'après des documents inédits tirés des archives de Gènes, de Saone, de Seville, de Madrid* (1884), si bien ha preferido (quizá con buen acuerdo) á la forma de exposición seguida, la de estudios monográficos. Este libro fué impugnado violentamente por el conde Roselly: prueba infalible de su mérito. Son muchas más las investigaciones posteriores de HARRISSE, consignadas por lo general en artículos de revistas francesas y en algunos opúsculos publicados en Italia; y de su incansable pluma esperamos algún nuevo y más extenso trabajo, que será sin duda de los más originales é importantes del Centenario.

Por lo que toca á España, el escritor que más ha multiplicado en estos últimos años sus publicaciones sobre Colón y sus viajes, y el que mayor número de datos nuevos ha traído á su historia, es el ilustre cronista de nuestra armada D. Cesáreo Fernández Duro, cuya varia, curiosa y amena erudición tanto realza sus *Disquisiciones Náuticas* y otros libros análogos. A él se debe, sobre todo, la publicación y el ex-

tracto del ruidosísimo pleito entre el Fiscal del Rey y los herederos del Almirante; pleito que conoció Navarrete, pero sin dar de él más que una idea muy somera, y que de ningún modo indicaba la riqueza de noticias allí atesoradas, y que deben ser materia de atento y reposado examen. Así en la Memoria académica titulada *Colón y Pinzón* (1883), como en los libros posteriores *Colón y la Historia Póstuma* (1885), *Nebulosa de Colón* (1890), y *Pinzón en el descubrimiento de las Indias* (1892), llega Duro á conclusiones que han excitado la indignación de los admiradores incondicionales de Cristóbal Colón, llevándolos á demasías de lenguaje sobremanera vituperables. Pero bien examinadas las cosas, no se descubre en las eruditas páginas del Sr. Duro esa malquerencia sistemática contra Colón que gratuitamente le atribuyen muchos, ni menos el deseo de mancillar su gloria y poner nota en su buen nombre, sino más bien el deseo de apurar la verdad sin contemplación alguna, y el empeño, no menos racional y patriótico, de poner en su punto el mérito que individualmente contrajeron los heroicos compañeros del descubridor, ofuscados hasta ahora en demasía por los resplandores de su gloria. Si en esta reivindicación justa